

ATAQUE GENERAL DE MORELOS

CALLEJA AL VIRREY VENEGAS

CAMPO SOBRE CUAUTLA, ABRIL 28 DE 1812⁸⁰

Excelentísimo señor:

Se verificó por fin el ataque general a este ejército tantas veces anunciado por Morelos, el que no es posible comprender sin tener una idea de la situación de Cuautla y de la disposición del sitio.

Cuautla está situada en un bajío llano que por todas partes domina, aunque poco, sin que por ninguna sea dominada, rodeada de platanares y arboledas pegadas a los edificios por todos vientos, y por el poniente que no lo está tanto, corre de norte a sur una tarjea de mampostería de vara y media de espesor que gradualmente se eleva de doce a catorce varas terminando en la hacienda de Buenavista. La población se extiende algo más de media legua de norte a sur y menos de la mitad de este a oeste, y entre el pueblo y las lomas de Zacatepec pasa un río, cuya caja es de más de 200 varas y cuya corriente aunque abundante y rápida se ciñe a un canal de 12 a 15 varas.

Mi campamento principal está al oeste en tierras de la hacienda de Buenavista, el de la división del señor Llano al este sobre las lomas de Zacatepec, quedando el pueblo en medio de los dos, las trincheras están abiertas al sur entre mi derecha e izquierda de Zacatepec a medio tiro de fusil de las baterías enemigas; a las que las mías no las permiten asomar

⁸⁰ Hernández y Dávalos, *Colección*, IV-59; *Morelos*, 1927, t. I, pp. 359-364.

un cañón que no se les desmonte; al norte en el paraje llamado el Calvario está situado un fuerte reducto bien guarnecido de infantería y artillería entre la derecha de Zacatepec e izquierda mía, y en medio de las lomas de Zacatepec hay otro reducto para defender la caja del río.

Los puntos intermedios de uno a otro de estos principales puntos se cubren noche y día con caballería, y de unos a otros he abierto a tiro de fusil de Cuautla comunicaciones directas de 20 varas de ancho, atravesando suestes de caña, echando puentes sobre las innumerables zanjias que las cruzan, y venciendo todo obstáculo.

Las lomas de Zacatepec tienen a su derecha la profunda barranca hedionda cuyas aguas derraman en el río, y cuyas sendas intransitables he convertido en caminos de coche, y a la derecha de la barranca sigue el pueblo de Amelzingo cubierto de espesa arboleda, cuyos puntos interesantes cubren el batallón de Lobera y los escuadrones de Puebla, todo al cargo del sargento mayor don José Henríquez.

Este último punto aunque un poco distante, está en contacto con las avanzadas del reducto del Calvario por medio de un puente que construí sobre el río, y por el de un fuerte espaldón que atraviesa toda su casa con dos objetos, de dificultar la evasión de los enemigos, y de poner a cubierto nuestras tropas.

La misma fácil comunicación tienen las tropas de la trinchera del sur con el campamento de Zacatepec, por medio de otro igual espaldón y puente, de modo que todos los puestos de la línea, aunque extensa de más de dos leguas, se comunican en momentos.

En este estado, y en el de hallarse Cuautla en la mayor miseria, sin otro artículo de subsistencia que el de maíz, oprimida por nuestros fuegos que la enfilan en su mayor diámetro, cargada de heridos y enfermos, de los que diariamente mueren según las noticias contestes de los

desertores de 25 a 30 se arrojaron a salir la noche del 21 los cabecillas clérigo Matamoros, y coronel José Perdiz con 100 hombres a caballo y después de haber reconocido con sumo silencio el intervalo de más de tres cuartos de legua, que media entre el Calvario y este campo, se resolvieron a penetrar por el que cubrían las centinelas de la gran guardia de Santa Inés, cuyos caminos estaban cortados con fuertes paredes, en las que abriendo un portillo, pasaron a escape los que pudieron antes que llegase la gran guardia y las guerrillas que los atacaron con denuedo dejando 36 tendidos sobre el campo entre ellos el coronel Perdiz, y sin detención persiguieron a los demás, que ya dispersos y los más a pie se ocultaron en las malezas, en las zanjas y en los cañaverales, de los que sacaron 18 y ninguno hubiera escapado si por una equivocación no se hubieran extraviado las tropas que seguían al capitán de guerrilla don Anastasio Bustamante.

Esta salida a que les obligó la necesidad era con el objeto de reunir, reanimar y combinar con las numerosas gavillas de más de 15,000 hombres que me rodeaban, un ataque general a este ejército para introducir víveres en Cuautla, objeto que no se me ocultaba, pero que no podía frustrar atacándolas por los muchos puntos que ocupaban, y por la distancia a que se hallaban, sin desguarnecer la línea y preferí esperarlos.

El día 26 tuve algunos indicios de que la reunión se había verificado en Tlayacac, pueblo fuerte por su localidad próximo a Zacatepec y en el que siempre habían mantenido alguna gente, y en aquel día dispuse que se construyese una batería de 4 cañones de a 8 en el pueblo de Amelzingo sobre la margen izquierda del río.

En la misma noche hice salir una espía a la barranca de Tlayacac para que me informase si la habían o no pasado la que a las tres de la mañana volvió diciéndome, que todo estaba en quietud, pero para asegurarme hice salir a las once

de la noche cien hombres al cargo del capitán don José Acha con la orden de que llegasen a Hayacac y me diesen noticia de lo que observasen, lo que en efecto verificaron con la desgracia de que aunque a las tres de la mañana hicieron dos prisioneros que les informaron de que aquella mañana nos atacaban, nada me avisaron por el deseo de asegurarse por sí mismos luego que viniese el día.

En este estado de incertidumbre me inclinaba a que nada habría en esta noche, pero una señal que descubrí en un cerro me obligó a distribuir ordenes y a mantener dos cuerpos brida en mano para acudir con prontitud a donde la necesidad lo exigiese, y en efecto no fueron vanos mis recelos ni inútiles mis providencias.

Al romper el día del 27 atacaron con vigor la retaguardia de Amelzingo y Barranca Hedionda de 4 a 5,000 hombres los más de caballería armados de fusil con 4 cañones; al propio tiempo atacaron los mismos puntos por su frente más de 2,000 hombres que con un cañón y un fuego vivísimo de fusilería atravesaron el río y montaron la margen acantilada de él, apoderándose de un apostadero de nuestras tropas próximo al reduto de Zacatepec; y a la misma hora se dejaron ver en una loma a la espalda de mi campo algo más de 1,500 hombres, haciendo fuego con un cañón y alguna fusilería.

El ejército se puso en momentos sobre las armas y marcharon a reforzar la izquierda del señor Llano los escuadrones de España, México, y lanceros del comandante don Gabriel Armijo con 150 hombres de infantería que de la trinchera por estar más próxima, pasaron el puente y subieron a la loma; por la derecha marcharon a Amelzingo 150 granaderos del reduto del Calvario, que remplacé con el batallón de Guanajuato, las tres partidas de caballería de guerrilla y el escuadrón de lanceros del comandante don Matías Aguirre que se substituyó con el de igual clase del

teniente coronel don Pedro Menezo.

A mi espalda destiné para contener y perseguir al enemigo al escuadrón de lanceros del comandante don Pedro Zarzosa, reservándome el resto de las tropas para acudir a donde conviniese y custodiar el parque, el campo, etcétera.

El ataque de Amelzingo y Barranca Hedionda fue tan vigoroso, que el batallón de Lobera se vio envuelto por su espalda por su frente y por su costado izquierdo, por no haber podido reunírsele el señor Llano, como se lo tenía repetidamente prevenido con los batallones mixto y de Asturias, a causa de haberse extendido por su espalda e izquierda, pero el comandante de Lobera reunió sus avanzadas y decididamente atacó a la bayoneta a los que asaltaron por su frente, los arrolló, los precipitó al río que se llevó muchos heridos, les quitó el cañón que sacaron de Cuautla, y dejó más de 150 cadáveres tendidos sobre sus márgenes en su fuga les hizo un vivo fuego a metralla el reducto de Zacatepec y la nueva batería, con la ventaja de haberlos sorprendido y la de que su comandante el capitán don Manuel Murga la manejó con valor y discernimiento.

En el entretanto que la mayor parte de las tropas de Lobera rechazaban, batían y encerraban en Cuautla las tropas de la salida, otra parte batía igualmente los enemigos de su espalda, eficazmente auxiliado de la caballería de Puebla que al cargo de su comandante el teniente coronel, don Manuel Flon, se mezcló con los enemigos, los rechazó, e hizo retirar a distancia que dio lugar a que se reconcentrase Lobera, y llegase el batallón mixto, el escuadrón de Aguirre y alguna otra tropa que aceleraron la acción sostenida y principalmente ganada por los valientes de Lobera y Puebla quitándoles los 4 cañones únicos que traían las cargas de municiones, algunos víveres, un estandarte, caballos, etcétera y dejando más de 500 hombres tendidos sobre el campo.

El alcance le siguió una compañía de granaderos y 60

hombres del batallón de Lobera al cargo del bizarro capitán don José Barradas, otra de cazadores de Asturias con el teniente don Juan Santullano, 80 a 90 hombres del batallón mixto con su comandante don Mariano Rivas, los escuadrones de Puebla, los de España, y México, el de Aguirre, la guerrilla de Bustamante, y los escuadrones de Tulancingo, todo al cargo del señor coronel don José Andrade, matando sobre su marcha cuantos pudieron alcanzar que fueron muchos y persiguiéndolos hasta Tlayacac, cuya fragosa barranca no se resolvió a pasar Andrade, y a las once del día volvió la tropa al campo.

La partida al cargo del capitán Acha no estuvo ociosa durante este tiempo, luego que amaneció descubrió al enemigo y poco después observó que se retiraba en grandes pelotones hacia Tlayacac, los que, como veían que Acha venía de vuelta encontrada se le acercaban en la confianza de que eran tropas suyas, y recibían a quemarropa las descargas, en cuya oportunidad les mataron mucha gente, reuniéndose después a las compañías de Lobera.

En el entretanto, los enemigos que amenazaron mi espalda se dividieron en dos partidas, de las que con tanto tesón siguió una con su escuadrón el comandante Zarzosa que la alcanzó a más de 5 leguas de distancia, la batió y dispersó completamente, tuvo la paciencia de contar 56 cadáveres sobre el campo, hizo once prisioneros, les quitó 37 caballos y algunas otras cosas, y después de haber andado 11 leguas entró a las 3 de la tarde en el campo.

La pérdida del enemigo se regula de 800 a 1,000 hombres, sin haber encontrado entre ellos más que quince indios, los demás eran gentes de razón y muchos desertores y conocidos; la nuestra no pasa según las noticias verbales de dos o tres muertos, y ocho o diez heridos.

Todos los oficiales y tropa que han entrado en acción

no han desmentido el valor que tienen acreditado, y su bizarría está por cima de todo peligro y las que no han entrado lo han deseado y procurado con el mayor ardor, pero sin embargo de que cada uno se ha excedido así mismo y procurado exceder a los demás, me reservo recomendar a vuestra excelencia a los que sería injusticia notoria el dejar de acordarles el premio a que se han hecho acreedores.

Dios... Campo sobre Cuautla, abril 28 de 1812.

Félix Calleja, excelentísimo señor virrey.